

Hacia la construcción de una teoría *queer* española. Foucault y la homofobia del tardofranquismo

Alejandro Melero

Alejandro Melero es profesor de Comunicación Audiovisual en la Universidad Carlos III de Madrid. Ha trabajado en el Departamento de Lenguas y Estudios Culturales de la Universidad de Limerick y en la Queen Mary University de Londres. Recientemente ha publicado, además de obras de ficción, el ensayo Placeres ocultos. Gays y lesbianas en el cine español de la Transición (Notorious Ediciones, 2010).

El pensamiento del francés Michel Foucault ha servido de inspiración a estudiosos de la cultura gay y lesbica desde hace más de 30 años, y ha sido aplicado a distintos terrenos, desde los estudios culturales a la historiografía. El particular caso español, que sufrió la más dura de las persecuciones en los años setenta antes de llegar a ser uno de los primeros países en reconocer la igualdad jurídica total, exige una revisión del pasado más reciente que aporte nuevos enfoques que documenten y aclaren los primeros años de la democracia y desarrollen un marco teórico sólido para la cultura *queer*. Este artículo estudia la teoría de Foucault y, analizando textos de la literatura médica y jurídica del franquismo, propone algunos conceptos claves para entender estos primeros años de la liberación homosexual española.

Palabras clave:

- Foucault
- Estudios Gays y Lésbicos
- Teoría *Queer*
- Historia Contemporánea de España

Michel Foucault's theories have inspired Gay and Lesbian scholars of the last three decades, and has been applied in different fields, such as Cultural Studies and Historiography. The peculiarities of the Spanish case, which included one of the harshest repressions in the 1970s, before becoming one of the first nations to recognise equality, demands reviewing the most recent past so as to include new perspectives that document and clarify the early years of the democracy in order to develop a solid theoretical frame for queer cultures. This article addresses Foucault's theories and, after analysing medical and legal Francoist texts, suggests some key concepts to approach these first years of the Spanish homosexual liberation.

Las obras del pensador francés Michel Foucault (1926-1984) han experimentado constantes relecturas desde su muerte, hace ya más de un cuarto de siglo. Sus aportaciones a una nueva filosofía del conocimiento, ricas en elaboradas redefiniciones de conceptos como “saber”, “poder”, “sujeto”, “verdad” e “historia”, pero también detalladas a la hora de abordar cuestiones concretas de aspiraciones universales (los regímenes penitenciarios, la edad de consentimiento sexual, las enfermedades venéreas), cobran nuevas luces en este siglo XXI, y confirman que no se equivocaban los con-

temporáneos de Foucault que le consideraban como uno de los más provechosos pensadores de lo que ya se denominaba pensamiento post-moderno.

Las inmensas posibilidades del pensamiento foucaultiano, pues, sirven para ser revisitadas desde muy diversas disciplinas que incluyen, ciertamente, aquellas cercanas al mundo de lo penal y social. Pero tal vez sean el nuevo feminismo y la siempre efervescente teoría *queer* anglófona los que más jugo han sabido sacar a la obra del teórico francés, especialmente a sus últimos trabajos y a su incompleta *Histo-*

ria de la sexualidad. Uno de los grandes nombres de la teoría *queer* contemporánea, Leo Bersani, ha explicado lo imprescindible que resulta tener en cuenta a Foucault a la hora de trabajar con la cultura no-heterocéntrica, y razona que el éxito del pensamiento foucaultiano entre gays, lesbianas y feministas nace precisamente del primer volumen de su *Historia de la sexualidad*, cuya tesis original, según Bersani, sostiene que “el poder en nuestras sociedades no opera reprimiendo impulsos sociales espontáneos, sino que produce múltiples sexualidades, y que a través de la clasificación, distribución y clasificación moral de estas sexualidades, los individuos que las practican reciben o no aprobación, tratamiento, marginación, secuestro, disciplina, o normalización”.¹ Otros autores del pensamiento *queer* van más lejos al considerar que no solamente la *Historia de la sexualidad* sino toda la producción de Foucault puede entenderse como un intento de comprender y aprehender la naturaleza de la “otredad”, sea esta sexual o no. Por ejemplo, Edward Said ha dejado por escrito que “en el trabajo de Michel Foucault se encuentra una muy diversamente formulada idea que siempre conduce al ‘sentimiento de otredad’”. Este interés hacia “lo otro” se manifiesta con una fascinación por “lo desviado y los desviados”, o lo que algunos sectores de la sociedad pueden considerar como tal, y con todo aquello que es “excesivo, todas las cosas que se levantan por encima de las ideas, descripciones, iniciaciones o precedentes”.² La activista y pensadora lésbica Annamarie Jagose completa las ideas de Said al considerar que, por argumentar la forma en que la homosexualidad es una formación moderna y no ahistórica (siempre han existido actos homosexuales pero no existía una categoría de identificación para ellos tal y como la hemos entendido en los últimos 150 años), Foucault merece ser considerado el “padre” de la posición constructivista que han tomado los más recientes estudios gays y lésbicos. Con este manejo de una terminología que se entronca siempre en la problemática de la “otredad”, no es de extrañar, por lo tanto, la importancia de la teoría foucaultiana en el activismo gay y lésbico contemporáneo y en los estudios culturales *queer*. Un ejemplo más para confirmar la admiración, casi devoción, de la teoría *queer* por el francés: el libro *Saint Foucault* del académico norteamericano David Halperin,³ cuyo mismo título ya eleva a Foucault a un reverenciado pedestal.

El mundo de la crítica angloparlante y, por lo tanto, el globalizado panorama del pensamiento *queer* que tanto debe a británicos y americanos, admiten sin recelos su deuda con la obra de Foucault no solo como base de inspiración de sus principios y orígenes, sino también como energía inagotable de la que se siguen abasteciendo. No es fácil afirmar lo mismo con respecto a la produc-

ción de análisis cultural *queer* de España. Las primeras fases de un trabajo de investigación entre la literatura producida en nuestro país revela una tradición dependiente de otras fuentes, cuando no puramente autóctona. Para esto, que no es en principio una falta ni un inconveniente, puede haber varias explicaciones, y la más clarificadora sea tal vez las especiales circunstancias de nuestra historia. Las revueltas de Stonewall en el Nueva York de 1969, principio oficial del nacimiento de la cultura del orgullo y la liberación gay, no dejaron apenas legado en los raquíticos y perseguidos movimientos de liberación homosexual españoles, y la hoy tan reivindicada Transición a la democracia no hizo otra cosa que posponer la lucha por la igualdad, retrasando en muchos aspectos la subida de España a un carro que ya llevaba unos cuantos lustros de desarrollo. Los siguientes párrafos se centrarán en algunos escritos de Foucault, principalmente en *Los anormales* (1975) y en la *Historia de la sexualidad*, para estudiar algunas de las principales consecuencias de la represión homosexual perpetrada por el franquismo en los últimos años de la dictadura, que son los que coincidieron con el auge global del movimiento de liberación homosexual y con el desarrollo de un pensamiento crítico para gays y lesbianas. Para ilustrar las teorías de Foucault, este artículo recurrirá a textos pseudo-científicos y jurídicos del franquismo que trataron la homosexualidad.

Puede resultar inquietante el hecho de que la construcción de una estructura teórica gay y lésbica a partir de los textos de Foucault parta en ocasiones de conceptos no estrictamente vinculados con la cuestión homosexual (al menos no en la actualidad), pero de gran utilidad para ser extrapolados a esta y otras materias. Así ocurre con la idea de “locura”, que fascinó a Foucault y proporcionó algunas de sus más lúcidas reflexiones, y que será fundamental en los siguientes párrafos de este artículo. Al entender la locura como referente de muchos síntomas sociales no estrictamente asociados a la enfermedad mental (por ejemplo: la marginación social, el proceso de diferenciación individual, la observación clínica...) y atribuir a este término un registro semántico muy amplio, Foucault supo proporcionar las herramientas para la utilización de este término en cuestiones teóricas diferentes. Los distintos acercamientos que Foucault realizó a la noción de “locura” variaron sustancialmente a lo largo de su producción ensa-

*Foucault merece ser considerado
el “padre” de la posición
constructivista que han tomado
los más recientes estudios
gays y lésbicos*

1 L. BERSANI, *Homos*, Harvard UP, Cambridge (Mass.), 1995, p. 81.

2 E. W. SAID, ‘Michel Foucault 1926-1984’, *After Foucault: Humanistic Knowledge, Postmodern Challenge* (J. ARAC, Ed.), New Brunswick, New Jersey, 1991, p. 5.

3 D. M. HALPERIN, *Saint Foucault: Towards a Gay Hagiography*, Oxford UP, Oxford, 1995.

yística, pero en todos ellos persiste la idea de que la concepción de la locura es siempre el resultado de distintas prácticas socioculturales, y que la recepción y aceptación o rechazo de la misma viene determinada por la aparición de diversos mecanismos de poder. Para demostrar esto, Foucault argumenta que en diferentes periodos y culturas ha habido distintas concepciones de la locura. Por ejemplo, en la Edad Media se veía la lepra como la más grande amenaza al orden social; los leprosos ocupaban en el imaginario público el lugar que la locura invadiría a partir del siglo XVIII. En el Renacimiento, sin embargo, la figura del leproso desapareció y se substituyó por una nueva imagen del mal social recordada como “la nave de los locos”.⁴ Lleven el nombre que lleven, el hecho que interesa a la escuela de Foucault es que las sociedades siempre han necesitado encontrar una figura cíclica de ser perverso que encarna el peligro y amenaza con quebrantar la estabilidad social. Las sociedades occidentales modernas han encontrado este chivo expiatorio en lo que Foucault llama “*deviant*” (desviado). Según esta forma de entender la locura, el “desviado” solamente ha encontrado exclusión y rechazo en nuestra sociedad. Lois McNay ha seguido los pasos de Foucault para analizar este fenómeno y clasifica como “ilusión cultural” el hecho de que, tras determinar y categorizar distintas formas de locura, al que la padece se le considera como desviado y se le excluye de la norma social, pues nuestra sociedad no quiere reconocerse en el individuo enfermo, al que rechaza y encierra. Mientras que en cualquier cultura la locura implica una desviación desde ciertas normas, el relativamente reciente entendimiento de la locura emerge en comparación con otras sociedades más primitivas en las que, por ejemplo, el “loco” (*mad* es el término que usa McNay, que encierra también la connotación de “depravado”) ocupa un lugar central en las actividades sociales o religiosas. Esta aproximación comparativa e histórica demuestra en primer lugar que la locura no tiene ninguna esencia pre-social y que, además, no hay nada natural o inevitable acerca de las estrategias a través de las que, en las sociedades modernas, a los locos se les confina y excluye socialmente.⁵ Esta lectura del fenómeno de la locura propuesta por Foucault está íntimamente ligada a su interés por dilucidar el proceso de multiplicación de discursos sexuales, y la importancia de esto para un estudio cultural, político y social de las minorías sexuales. En su lucha por desenmarañar las complejas derivaciones de la prolijidad de (aparentemente) nuevos discursos sexuales en la modernidad, Foucault encontró una explicación para el hecho de que fuese precisamente en el hiperrepressivo siglo XIX cuando se produjo el punto más álgido de esta multiplicación discursiva. Se trata de una multiplicación que

“El siglo XIX y el nuestro han sido la edad de la multiplicación: dispersión de sexualidades, reforzamiento de formas dispares, implantación múltiple de perversiones”

no es meramente cuantitativa, sino que de hecho trajo consigo una dispersión de los centros desde los que emanan los discursos y la diversificación toma su forma. En palabras de Foucault, “el siglo XIX y el nuestro han sido claramente la edad de la multiplicación: una dispersión de sexualidades, un reforzamiento de formas dispares, una implantación múltiple de ‘perversiones’. Nuestra época ha iniciado las heterogeneidades sexuales”.⁶ Antes de esta multiplicación llegada con el siglo XX, hubo tres códigos principales que gobernaban el panorama de las prácticas sexuales, a saber: las leyes canónicas, los regímenes cristianos y la ley civil. Todos ellos, con sus posibles ramificaciones, se centraban en las relaciones matrimoniales y se las ingeniaban para crear un sistema de regulaciones que fijasen y legitimasen las uniones matrimoniales de la misma forma que otros procesos contractuales, asegurando así la legislación de la práctica sexual. La idea de “lo otro” podía fácilmente estar localizada en todo aquello que, de una manera u otra, se alejase de estos códigos. Una vez localizado, al “otro” se le podía etiquetar, categorizar como contra-natura, condenar y recluir, pero, en ningún caso hasta finales del XIX, recibió tanta atención como la otorgada a las relaciones matrimoniales. El matrimonio como unidad central eclipsaba cualquier otra posibilidad, confundiendo en una amalgama difusa, como demuestra el caso de lo que se llamaba “sodomía”, o la indiferencia con respecto a la sexualidad de los niños. Pero también es ilustrativo, por ejemplo, el caso de la “solterona”, una figura revisada por el movimiento feminista y tan arcaica que el mismo vocablo ha dejado de usarse hoy en día. En cualquier caso, las últimas décadas del siglo XIX trajeron una explosión de nuevos discursos sexuales, creando una tendencia a la inversa que demolió siglos de tradiciones discursivas. El interés se desplazó desde las relaciones oficiales monogámicas y heterosexuales a una otredad sin centro localizable:

Emergió un mundo de perversión... nació una sub-raza entera, diferentes —a pesar de ciertos lazos de unión— de las libertades del pasado... Siempre se les había perseguido, pero no siempre mediante leyes; a menudo se les encerraba, pero no siempre en prisiones; se les tildaba tal vez de enfermos, escandalosos, víctimas peligrosas, presas del extraño mal que llevaba el

4 L. MCNAY, *Foucault: a Critical Introduction*, Polity Press/Cambridge UP, Cambridge, 1994, p. 18.

5 *Ibid.*, 17.

6 M. FOUCAULT, *The History of Sexuality. Vol. 1*, Penguin, London, 1990, p. 37.

*La historia reciente de España
provee relevantes ejemplos para
ilustrar esta idea del homosexual
como individuo peligroso*

nombre también de vicio y en ocasiones de crimen... Así era la incontable familia de perversos, equiparable al mundo de los delincuentes y los locos.⁷

Uno de los logros de Foucault consiste en que toda su aportación teórica viene arropada por un meticuloso trabajo de investigación. Para demostrar el cambio de mentalidades que surgió de forma paralela a esta proliferación de discursos sexuales, Foucault realiza una cronología que demuestra cómo, a lo largo del siglo XVIII, quienes antes habían sido categorizados bajo el amplio abanico de la locura, fueron ganando nuevas etiquetas como las de, progresivamente, “degradación moral”, “neurosis genital”, “aberración del instinto genético”, “degenerados” o “desequilibrados físicos”.

Estas nuevas formas de otredad (que eran las mismas de siempre, pero ahora documentadas en detalle) se fueron, pues, categorizando de manera cada vez más específica. Es en este punto cuando Foucault comienza a esbozar de forma más explícita lo que acabará convirtiéndose en un importante pilar de las teorías homosexuales modernas. Foucault utiliza como ejemplo de esta especificación la figura del homosexual y la aproximación a la misma que se realizó durante el periodo victoriano. Tradicionalmente, la persona a la que hoy llamamos “homosexual” se había categorizado como un individuo que había cometido el crimen particular de mantener relaciones con alguien de su mismo sexo. En el siglo XIX, sin embargo, el homosexual se convirtió en el miembro de una especie, con una historia a estudiar, un tipo de infancia particular, un modo de vida, e incluso unas peculiaridades anatómicas en algunos escritos científicos de la época. Lo que le identificaba como miembro de una nueva especie (nueva en tanto que requería un nuevo vocabulario que la categorizara: homosexual, invertido, etcétera) no era tanto un tipo particular de relaciones sexuales sino una cierta cualidad de sensibilidad sexual, un cierto modo de invertir lo masculino. En palabras de Alan Sheridan, “la medicina comenzó a tomar partido en la gestión de la sexualidad”.⁸ O, en palabras del propio Foucault, si “el sodomita había sido una aberración temporal, el homosexual era ahora una especie”. Y esto ocurría porque “la persecución de sexualidades periféricas incluyó una incorporación de perversiones y una nueva

especificación de los individuos”.⁹ Se necesitaban nuevos nombres y términos para designar comportamientos que habían existido anteriormente. Nació así la otredad sexual contemporánea.

Al morir enfermo de SIDA en 1984, Foucault dejó inacabada su *Historia de la sexualidad* por volúmenes, dejando inconcluso para siempre el desarrollo de la idea de otredad que tomaba forma según avanzaba en sus reflexiones. Es por ello necesario recurrir a escritos previos, entrevistas y conferencias, para rastrear el planteamiento foucaultiano de la idea del otro como un ser monstruoso, fundamental para una teorización de la creación de chivos expiatorios a partir de las minorías sexuales. La obra *Los anormales* (1975) maneja esta hipótesis. En ella, Foucault explica el proceso regulador de la categorización de ciertos grupos sociales bajo la etiqueta de “degeneración”. El ser que Foucault llama “anormal” nace de tres elementos distintos: en primer lugar, el denominado *monstruo humano*, una categoría jurídica que se refiere no solamente a las leyes sociales sino a las leyes naturales también. Puesto que este monstruo humano combina lo imposible y lo prohibido, ambigüedades varias rodean al ser *anormal*. Así ocurre con el binomio “acto natural/ofensa ilegal”: la desviación de un aparente orden natural altera los efectos judiciales de la transgresión, sin llegar a desafiarla completamente; el estudio de la evolución del discurso médico-legal demuestra una transición desde el acto monstruoso que se estudiaba en la primera parte del siglo XIX a la irrupción de la noción del individuo socialmente peligroso. Para Foucault, la pregunta de si un individuo es peligroso, tan usada en el discurso jurídico, es heredera de estas desconfianzas tan presentes en otros tiempos no tan lejanos en los que el miedo y la ignorancia alimentaban la percepción del ser monstruoso. La historia reciente de España provee relevantes ejemplos para ilustrar esta idea. La última ley en condenar a los homosexuales era la llamada Ley de Peligrosidad Social, vigente desde 1970 a 1979, que permitió que gays y lesbianas fueran mandados a centros de reclusión social, y que basaba su firmeza precisamente en esta desconfianza hacia un presunto peligro de la que hablaba Foucault. Así lo demuestra el texto aprobado por el gobierno franquista el 4 de agosto de 1970, que condena la homosexualidad de la siguiente forma:

Artículo 2º: Serán declarados en estado peligroso, y se les aplicarán las correspondientes medidas de seguridad y rehabilitación quienes: A) resulten probadamente incluidos en algunos de los supuestos de este artículo; B) se aprecie en ellos una peligrosidad social. Son supuestos en estado peligroso los siguientes... 3º Los que realicen actos de homosexualidad.¹⁰

⁷ *Ibid.*, 40.

⁸ A. SHERIDAN, *Michel Foucault: the Will to Truth*, Routledge, London, 1980, p. 174.

⁹ M. FOUCAULT, *The History of Sexuality*. Vol. 1, p. 43.

¹⁰ V. DOMINGO LOREN, *Los homosexuales frente a la ley. Los juristas opinan*, Plaza & Janés, Barcelona, 1978, p. 46.

La sexualidad, o al menos algunas de sus formas (esta ley también legisla la prostitución), podía ser perseguida porque se consideraba un “estado peligroso”.

El segundo elemento que estructura la creación del ser anormal es la idea del llamado *individuo que necesita corregirse*. Se trata de una figura más reciente que la del monstruo humano, y se refiere al proceso que determina que un individuo sea alejado de la mayoría social, incluso encerrado (en prisiones, manicomios, reformatorios...), bajo la idea de que hay algo que corregir, es decir, algo que no funciona correctamente pero para lo que existe una solución a la que se llegará a través del arrepentimiento. Asimismo, esta categoría asume una división por niveles entre actos condenables y otros ejemplares, mejores que los del otro nivel. Ambos niveles son permeables, y los individuos que practican los actos condenables pueden aspirar a corregirse aprendiendo del nivel superior. Una vez más, la represión homófoba del tardo-franquismo es un perfecto ejemplo ilustrativo de esta exposición teórica. Al suponer una posible cura de la homosexualidad, la teorías franquistas proseguían en la creación de esta categoría monstruosa. Tomemos por ejemplo el siguiente texto, uno de los muchos que se pueden encontrar en la literatura de los años setenta, en el que se razona la posibilidad de “curar la homosexualidad”:

Desgraciadamente, lo que más contribuye a la propagación de esta falsedad [los homosexuales no pueden curarse] es el hecho de que la mayor parte de los homosexuales no desean verdaderamente la curación, llegando así a convencerse ellos mismos de que esta es imposible. Nada más lejos de la verdad... La inversión sexual es una aberración de orden psicológico a la que puede ayudar cierta diferenciación morfológica o bioquímica.¹¹

La Ley de Peligrosidad seguía esta estela macabra y aspiraba a “corregir” a los individuos a los que condenaba. Foucault teorizaba así, sin saberlo, la tradicional premisa española de “meter en vereda” al individuo que se había desviado del “buen camino”.

Por último, la tercera figura que conforma al ser anormal es la del onanista, que es representativa de la importancia dada al cuerpo y la salud, y entronca con las nuevas relaciones entre la sexualidad y la familia que se desarrollaron a partir del siglo XIX. Además, incorpora un elemento de connotación religiosa, pues deriva de la historia bíblica de Onán, que fue castigado por la cólera de Dios después de renunciar a dar hijos a su esposa, que era la viuda de su hermano (Gen 38, 8-10). Lo interesante del onanista es que sitúa la sexualidad, o al menos el uso sexual del cuerpo, en el

Al suponer una posible cura de la homosexualidad, la teorías franquistas proseguían en la creación de esta categoría monstruosa del anormal

origen de una serie infinita de desórdenes físicos, algunos de los cuales son capaces de determinar muchos niveles de la personalidad del ser anormal. También para esto la literatura franquista nos ha dejado múltiples ejemplos. Citaré uno de mis favoritos, extraído del libro *Sodomitas* de Mauricio Carlavilla, ensayista español obsesionado con encontrar una relación entre homosexualidad y marxismo. Carlavilla advierte así del peligroso cuerpo sexual del sodomita:

La manada de fieras sodomitas, por millares, se lanza a través de la espesura de las calles ciudadanas en busca de su presa juvenil... Disfrazada de persona, la fiera sodomítica ojea entre el matorral ambulante de las aceras su pieza preferida, el cándido muchacho, más grato a su ávida pupila cuanto más inocencia lleva retratada en su fisonomía... La alimaña sodomita, válida de su apariencia humana, una vez elegido el joven, se le aproximará, entablará conversación con cualquier pretexto, lo invitará en un bar, lo llevará al cine..., desarrollará su “conquista” con todo el arte y las tretas de un Don Juan... ¡Para qué detallar más!¹²

La suma de estos tres elementos (el monstruo antisocial, el individuo perdido que necesita corrección y el cuerpo sexual con potencial peligroso) da como resultado la creación de una nueva persona, que deriva de la excepcionalidad jurídico-legal y la tradición judeocristiana; lo que en realidad termina por crear es una categoría monstruosa abierta a recibir cualquier clase de otredad sexual.

Y una vez que ese “otro” haya sido etiquetado como un monstruo anormal, no es difícil elaborar la red enmarañada de peligros que puede traer consigo. El monstruo puede poseer una capacidad contagiosa y peligrosa para la misma sociedad que le categoriza como tal. Foucault analiza la construcción de la idea de locura como “otredad moral” o como “desviación” y como un peligro social desde el punto de vista de la racionalidad: mientras que la locura sea considerada una manifestación específica de la sinrazón, se tratará siempre de un fenómeno vergonzoso, algo que se deberá ocultar porque representará una amenaza a la racionalidad, sobre todo desde el momento en el que se le empiecen a atribuir capacidades de contagio, poderes incontrolables de “mal ejem-

11 F.-J. IÑIGO (bajo el pseudónimo Franklin Ingmar), *Homosexuales y lesbianas*, Andina D. L., Pinto, 1977, p. 15.

12 M. CARLAVILLA DEL BARRIO (bajo el pseudónimo Mauricio Karl), *Sodomitas*, Nos, Madrid, 1956, p. 11.

plo”, de extensión del mal, de transgredir los límites morales, algo muy similar a “las fieras sodomitas” sobre las que escribía Carlavilla.

La literatura franquista en torno a la homosexualidad muestra cómo muy a menudo la justificación científica y legal en torno al “peligro de la homosexualidad” venía amparada por la presunta condición contagiosa de esta. Por ejemplo, los textos del doctor Pérez Argilés, una de las mentes expertas en la medicalización de la homosexualidad, comparaban, con la verborrea propia de la época, la homosexualidad con la tuberculosis de la siguiente manera:

El diabético no ofrece peligro de contagiosidad. La comparación sería más justa si dijera: tampoco el tuberculoso es culpable de su tuberculoso; pero tendrá una grave responsabilidad cuando por odio al resto de la Humanidad sana (dolo), o desinteresándose del riesgo de su contagiosidad (dolo eventual), o por ignorancia, etc. (culposamente), se dedique a la siembra de sus esputos bacilíferos. El verdadero peligro que el homosexual representa para la sociedad será unas veces doloso (frecuente afán proselitista), mientras en otras ocasiones realiza sus “conquistas” sin preocuparse de si la persona a quien se dirige es o no un homosexual; incluso en el fondo, todo homosexual aspira a la conquista de un hombre normal y mira con desprecio a sus similares (dolo eventual).¹³

La existencia de prisiones para la segregación de los homosexuales que se dio en la España de los años setenta no es sorprendente una vez que se conoce que los textos médicos en los que se apoyaban los hombres de leyes consideraban que “la esencia del peligro social del invertido radica en su ‘contagiosidad’”. Como los monstruos anormales de Foucault, gays y lesbianas fueron vistos como elementos peligrosos a los que había que erradicar en base a la presunta contagiosidad de su “mal”.

Del mismo modo, una segunda justificación para la persecución de los homosexuales alegaba la condición desestabilizadora, escandalosa, perturbadora para la sociedad. Muchos ejemplos podrían citarse de este imaginario fascista que se perpetuó hasta bien llegada la democracia. Por ejemplo, los textos del popularísimo doctor López Ibor a menudo insistían en este presunto aspecto de la homosexualidad como algo condenable desde el punto de vista de la decencia social, o, si se quiere usar terminología de Foucault, del “equilibrio de la moral razonada”. López Ibor establecía un paralelismo entre el caos social intrínseco a la homosexualidad y el de otros tiempos recientes de la historia española; aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, López Ibor comparaba así

la indecencia de la homosexualidad con la de la Segunda República:

Este desierto ético ha sido un espectáculo impresionante para las generaciones jóvenes. En un primer momento —años azarosos de la trágica guerra del 14— pensaron que el nihilismo ético era el único rincón placentero que les habían legado los cañones y armisticios. Las novelas de la posguerra ponen pavor en un alma sana. ¡Qué vida la de aquellas grandes ciudades de mujeres lésbicas y hombres amarionados [sic]! Anegaron su dolor y desesperanza en goces y diversiones; pero tan pronto como se entregaron a tal desorden empezaron a sentir por doquiera sus espinas y abrojos¹⁴.

El legado de este sistema legislativo ha llegado hasta nuestros días con la noción de “escándalo público”, una figura más conocida a nivel popular que aplicada en la realidad, pero en cualquier modo presente en la sociedad española.

La imposibilidad de considerar estas cuestiones teóricas como legado de un pasado extinto las hace mantener vigencia y urgencia incluso en un país y una cultura como la española en la que la igualdad jurídica ya ha sido alcanzada. Es precisamente en los tiempos de mayor bonanza cuando las voces más radicales vuelven a aprovechar oportunidades mediáticas para hacer resurgir fantasmas del pasado. Ejemplo de esto fueron los meses que precedieron la aprobación del matrimonio homosexual, en los que no fue difícil encontrar referencias insultantes a la homosexualidad, a la que se volvía a clasificar como enfermedad curable, o se clasificaba como “trastorno afectivo”, como hizo en el Senado el 21 de junio de 2005 un ponente invitado por la oposición política. Es precisamente por todo esto por lo que la cultura *queer* española necesita esforzarse por construir una sólida documentación de los avatares de su historia, que venga arropada por un firme aparato teórico, y que esté alerta siempre para responder a las voces desinformadas y para que los nuevos españoles puedan disfrutar, mientras las mantienen, de las libertades que en el pasado fueron robadas a tantas generaciones.

13 V. PÉREZ ARGILÉS, *Sesión inaugural del discurso académico celebrado el día 25 de enero de 1959 con un 'Discurso sobre la homosexualidad'*, La Academia, Zaragoza, 1955, p. 26.

14 J.-J. LÓPEZ IBOR, *El español y su complejo de inferioridad*, Ediciones Rialp, Madrid, 1955, p. 147.